

# Convencidos los Acreedores: Créditos a México se Tornaron en "Capital Fugado"

(Ver parte media, 1a. a 3a. Cols.)



# EXCELSIOR

EL PERIODICO DE LA VIDA NACIONAL

Registrado como Artículo de Segunda Clase en la Administración de Correos, el 18 de marzo de 1917



AÑO LXXII — TOMO II

FUNDADOR:  
RAFAEL ALDUCIN

DIRECTOR GENERAL:  
REGINO DIAZ REDONDO

MEXICO, D. F.—LUNES 6 DE MARZO DE 1989

GERENTE GENERAL:  
JUVENTINO OLIVERA LOPEZ | NUMERO 26,197

## Debe Terminar

*Empiezan los Pueblos a Tomar sus Medidas*

### Las Orejas del Lobo

- ★ Riesgo de Repetirse el Caso Vietnam en Todos Lados
- ★ Necesario, un Plan Para Eliminar o Reducir la Deuda
- ★ La Fórmula Habrá de Buscarla en un Intenso Diálogo

MODESTO SEARA VAZQUEZ

Al final, empezó a suceder. Miles de personas se lanzaron a la calle en Venezuela, para protestar contra las medidas económicas del gobierno. El resultado: unos doscientos cincuenta muertos y entre mil y dos mil heridos, según cifras oficiales (cerca de quinientos muertos, según la prensa venezolana). Además, proclamación del estado de emergencia y pérdida de fe en el sistema democrático.

Yo no sé si lo que sucedió allá provocó alguna reacción en los impávidos banqueros de los países acreedores. Pero debería de haber producido una reacción clara, de pánico. Independientemente de la postura que adopten los gobiernos, los pueblos empiezan a tomar las suyas propias y, cansados de las presiones económicas que se ejercen sobre ellos, han decidido tomar las cosas en su propia mano. Propuestas, discursos y planes, ya no bastan si no cambian la realidad de una continua substracción de recursos de los países deudores hacia los ricos acreedores; a quienes se ha dicho, una y otra vez, que el problema de la deuda externa, no se podía tratar únicamente como económico, sino como lo que había llegado a ser: un problema político gravísimo.

El tiempo perdido en mezquinos regateos, ha tenido al final las consecuencias lógicas, que ahora deben

SIGUE EN LA PAGINA DIEZ

# LAS OREJAS DEL LOBO

Sigue de la primera plana

enfrentar los ricos países acreedores. La deuda ya no es un problema económico, y también está a punto de dejar de ser político, para convertirse en un problema de seguridad nacional para los países desarrollados. Sólo los ciegos no podrán verlo.

El primer país donde el estallido se produjo fue Venezuela, pero seguirán otros, y una explosión social generalizada no dejará de hacer sonar la alarma en los que se empeñan en no oír los primeros signos de peligro. Entonces, los gobiernos de los países ricos acreedores, sentirán su seguridad amenazada, y decidirán tomar las medidas que ellos crearán convenientes. Algunas llegarán bien serán insuficientes. Otras serán caras, y también serán insuficientes. Entre estas últimas estará sin duda alguna, la intervención armada, o el apoyo económico y militar a los gobiernos amigos para combatir a las organizaciones subversivas. Será una repetición de algo ya visto: Vietnam, Afganistán, El Salvador, etc.; solamente que esta vez será a nivel de continentes enteros. Los pueblos de los países desarrollados tendrán que pagar la cuenta, carísima, de esos intentos frustrados de imponer soluciones "manu militari". En poco tiempo unos miles de millones que representa la totalidad de la deuda, se quedarán cortos ante los enormes gastos de una movilización militar de las proporciones exigidas por la turbulencia social generalizada; a lo que debe de sumarse el costo derivado de la agitación política y social, sobre la vida económica interna con atentados a empresas, huelgas sin fin, secuestros de empresarios, disminución de los mercados por la baja capacidad adquisitiva, etc.) Pero en ese momento, la dinámica de la rebelión hará imposible el diálogo o la transacción. Los exaltados tomarán la delantera y si algunos de ellos se moderan, otros los rebasarán.

Las perspectivas de tal situación son fáciles de prever: la inquietud social y las confrontaciones armadas, destruirán la vida democrática, entronizarán dictaduras impopulares y desorganizarán los sistemas de producción. Nadie podrá enfrentar los pagos

del servicio de la deuda y además, los países ricos se verán forzados a contribuir con grandes sumas, a fondo perdido, en un vano intento por detener la rebelión y frenar la marea humana de los millones de gentes, que buscarán en personas, que buscarán en refugio frente a la miseria y el desorden.

La deuda, ¿un problema sólo de los países deudores? No pienso que nadie pueda seguirlo creyendo; a menos que llegue a la conclusión de que las hipótesis anteriores son inverosímiles, y eso sólo puede pensarlo alguien que merece un calificativo no imprimible en un diario respetable.

La solución a la deuda va no es sólo necesaria; es urgentísima. Y cuando hablo de solución, no quiero decir postponición o medidas dilatorias. No hasta que algunos gobiernos, como los de España y Estados Unidos, decidan emprender una campaña para conseguir créditos adicionales a Venezuela. Es increíble, que después de lo que ha sucedido todavía se considere, en una total falta de imaginación, que la solución pueda estar en la aplicación de las medidas de siempre; un (relativamente, pequeño préstamo adicional, que lo único que hace agravar a medio plazo el problema, al aumentar la deuda. Es absurdo como plantea el problema económico y político serio, y resulta injusto para las generaciones venideras, traspararles el problema. Lo que hace falta es un plan de acción, que contemple un calendario razonable para la extinción de la deuda, o al menos su reducción a límites compatibles con la reactivación económica general, que neutralice la explosiva situación actual.

Una falsa sensación de seguridad, puede haber nacido al ver cómo México ponía en práctica planes de estabilización económica, sin que se produjeran reacciones graves. Se olvida frecuentemente, que la solidez del sistema político mexicano permite hacer lo que en otras partes sería impensable, y se soslaya también que el gobierno mexicano, a pesar del control político que tiene en el órgano parlamentario, ha aceptado entablar el diálogo con las fuerzas opositoras, que por vía indirecta participaban, cada vez más, en la toma de decisiones. Tengo la impresión, de que el viaje del (entonces) presidente electo

venezolano a México, le hizo creer que podía aplicar en su país las mismas medidas que las aplicadas aquí. Probablemente le pareció fácil dar un salto desde su retórica electoral, que le ofreció un confortable triunfo, a lo que, según se ve, eran sus propósitos reales respecto a la deuda. Es igualmente probable, que lo que quisiera fuera ganar tiempo, para plantear en mejores condiciones una renegociación de la deuda. Pero el error de cálculo, respecto a sus propias fuerzas y posibilidades, convirtió a ese salto, de la retórica electoral a la política de gobierno, en un salto mortal, dada la irritación evidente, de un pueblo cuyo poder adquisitivo se vio reducido en 40%, en los últimos cinco años, período en el cual los pagos por el servicio de la deuda ascendieron a 25 mil millones de dólares.

Otro error puede haber sido el considerar comparables las coyunturas económicas de ambos países; pues mientras México había visto cómo crecía y se mantenía estable su reserva de divisas, Venezuela (con una deuda de 33,000 millones de dólares, en un país cuyo PNB está muy por debajo del de México) había visto decrecer sus reservas, de 15.5 mil millones de dólares, en 1985 a 6.6 mil millones en 1989. El Presidente venezolano, debe despertar a la incómoda realidad, de que una cosa era gobernar en la cresta del "boom" petrolero, de los años setenta y otra muy distinta es guiar al país por las aguas turbulentas de la crisis económica de los años ochenta. La necesaria firmeza en las medidas a tomar, exige también un continuo contacto con las fuerzas reales del país, para que no se pierda el sentido de continuidad, más que nunca necesario en épocas de crisis. De otro modo, la lucha callejera puede ser sucedida por el levantamiento militar y la dictadura, caldo de cultivo ideal para la destrucción de la paz social y el retroceso económico.

En estas circunstancias, es hora ya de que los gobiernos de los países desarrollados empiecen a dar prioridad a los intereses de sus pueblos, en lugar de sus banqueros, y decidan que, por consideraciones de seguridad nacional, es necesario resolver definitivamente y con toda urgencia, el problema de la deu-

da externa de los países en vías de desarrollo.

La fórmula habrá de buscarla, en negociaciones intensas, en las que el punto de partida sea el convencimiento, por los países acreedores, de que ellos han de considerar pagada ya una parte importante y deben aceptar sacrificios, mientras que los países deudores, deben aceptar resignarse igualmente a hacer concesiones, en el sentido de medidas que eviten los errores y las rapiñas del pasado. Por el momento, las peticiones de una moratoria unilateral, cae bajo el ámbito de la demagogia fácil, pues se pretende ignorar el alto precio que habría que pagar por ella; pero dentro de poco tiempo, la moratoria puede convertirse en una situación inevitable, para muchos deudores. Más vale buscar a tiempo un arreglo, que tener que limitarse a constatar hechos desagradables.

Es esencial la elaboración de un calendario de extinción (o drástica reducción, al menos) de la deuda, y una disminución de los pagos, que minimice la transferencia de recursos y garantice que el ahorro nacional se orientará a cubrir las necesidades mínimas de creación de empleo y recuperación de la pérdida de la capacidad adquisitiva.

Los puntos principales del arreglo (algunos de ellos, ya propuestos varias veces) podrían resumirse así:

1—Reducción inmediata de la deuda a su valor comercial en el mercado secundario. No es lógico que se invoquen consideraciones económicas, para exigir el pago y que no se reconozcan las realidades económicas, de una deuda que ha perdido su valor.

2—Una política de canalización de inversiones extranjeras hacia los países deudores, para aumentar su capacidad económica.

3—Política comercial preferencial, que abra los mercados (o al menos no los cierre) a los productos procedentes de los países deudores, reconociendo que los pagos deben de estar ligados al nivel de las exportaciones.

4—Aceptar que la deuda externa es va un problema político y de seguridad nacional, por parte de los acreedores, y asumir la carga económica que implica resolverlo.

5—Los países acreedores, preocupados (y con razón) por la destrucción de los ecosistemas (de los cuales

los más ricos se encuentran en los países en vías de desarrollo) y la deterioración general del medio, deben comprometerse a cubrir una parte substancial de los costos de su conservación, previo acuerdo con los países deudores. Ello podría revestir la forma de una cuota anual, aplicable al pago de la deuda.

6. Debería de llegarse a un acuerdo entre deudores y acreedores, para propiciar el retorno de capitales fugitivos de los países deudores. Podría lograrse, si se entendiera que los capitales han huido por miedo (independientemente de que los exportadores de capitales sean los que provocan la situación de inestabilidad) y que retornarían (aunque no sea más que una parte de ellos) si se les dieran garantías; por la sencilla razón de que los rendimientos que pueden obtener en los países en vías de desarrollo son más altos. La solución podría encontrarse en un procedimiento, que diera a los capitales que volvieran, tratamiento de capital extranjero que, previo acuerdo con los acreedores, serían protegidos por alguna forma de seguro, como el que ya está vigente para otros. No es una solución muy justa, pero podría ser efectiva.

7. En fin, aunque es un principio jurídico que los acuerdos internacionales deben ser respetados ("pacta sunt servanda"), también se considera aceptable en el derecho internacional, que un cambio radical de las circunstancias puede excusar ese cumplimiento ("rebus sic stantibus"). La conveniencia política, puede aconsejarlo, a acreedores y deudores. Es decir, no rompa precedentes históricos alguno (recuérdese el caso de las reparaciones de guerra de Alemania después de la Primera Guerra Mundial) una condonación de parte substancial de la deuda. Si se hizo con un enemigo, potencialmente rico, ¿por qué no podría hacerse con países amigos, en situación económica seria o desesperada?

La explicación de los puntos precedentes, no sería una cuestión de generosidad, sino de simple sentido común. Ojalá quede un poco de él, en los dirigentes del mundo de 1989, que por el árbol de los estrechos intereses nacionales (mal entendidos) no ven el bosque de los intereses globales que son sus verdaderos intereses.